

BUEN HUMOR

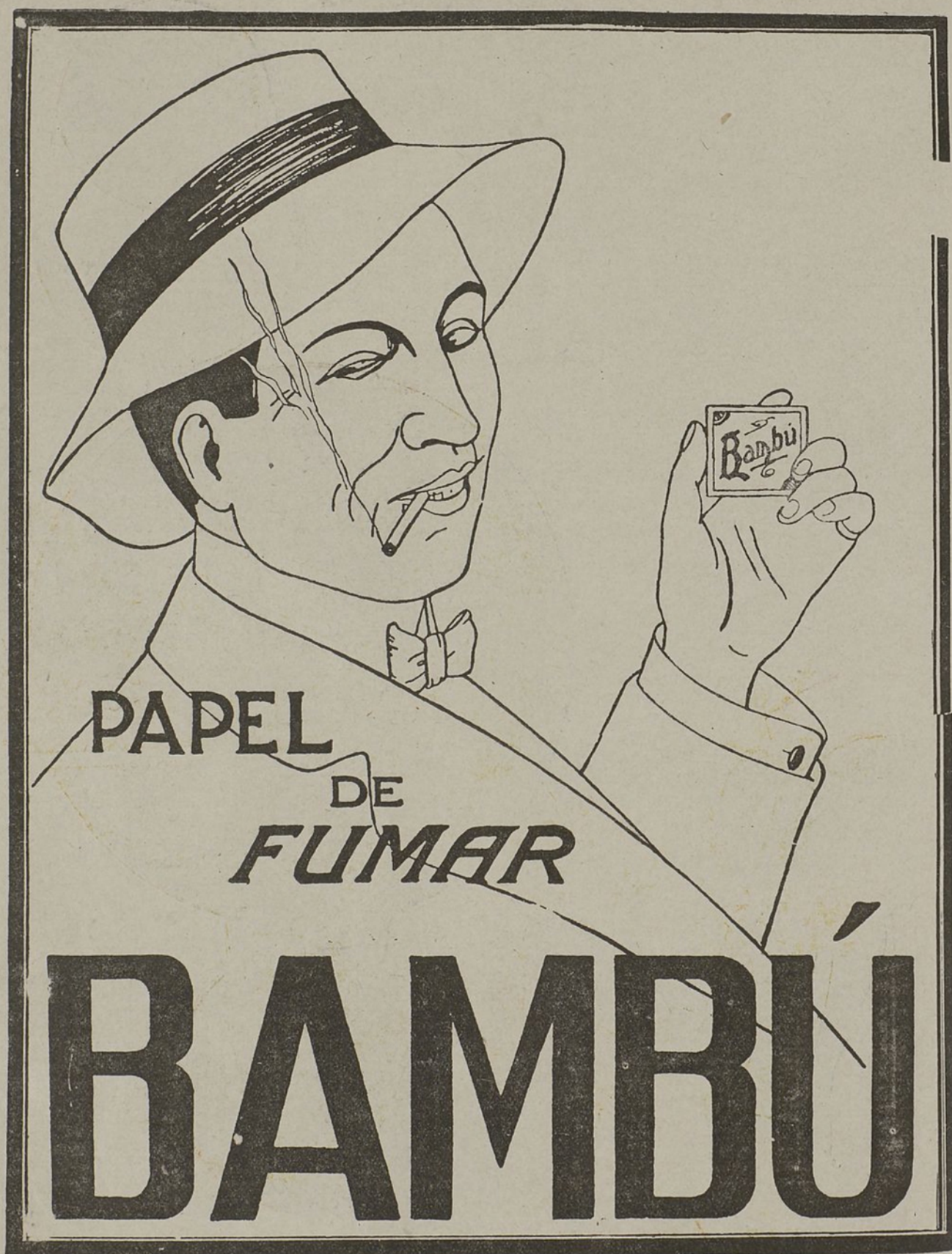
40 CENTIMOS



Ayuntamiento de Madrid

—¿No quieres que juguemos con la muñeca?

Dib. BERNAD — París



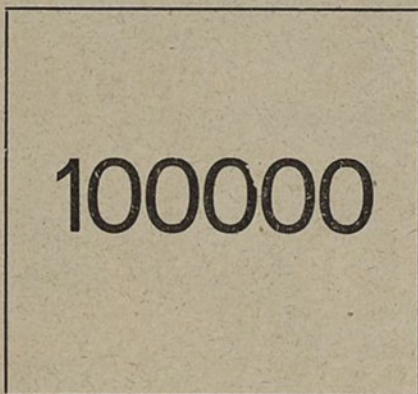


SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR

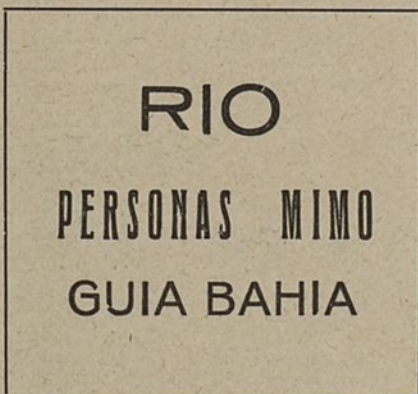


por DIEGO MARSILLA

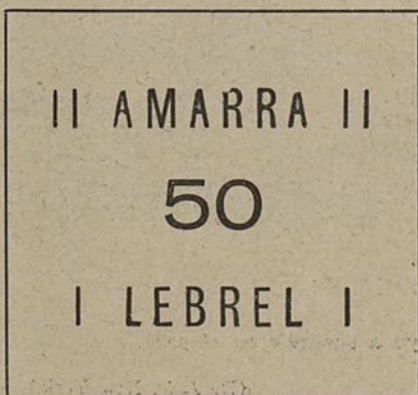
17.—¡Qué niña más encantadora.



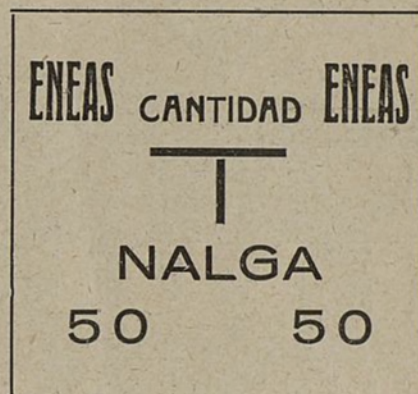
18.—En los pueblos pequeños.



19.—Un peluquín.



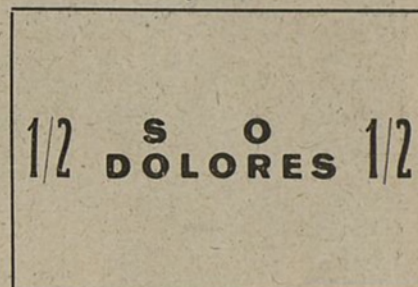
20.—Modismo.



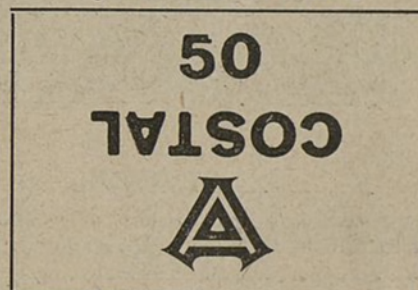
21.—Charada.

Vivo en un *tres-cuarta* que nada le falta,
mas con una *prima-segunda* día y noche:
nos hace imposible cualquier *dos-tres-*
un tío que el *todo* toca a troche y moche.

22.—No quiso entregarme todo el jornal.



23.—El cetro del mundo.



—¿Por qué no se va usted a su casa?
—Porque mi mujer está de mal humor.
—¿Y por qué está su mujer de mal humor?
—Porque no voy a casa.

(De The Passing Show, Londres.)

EXPOSICION INTERNACIONAL DE BARCELONA

Producto Nacional

de más consumo:

fi j a p e l o

VARON DANDY

Parfumería Parera

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

CLICHÉS

SE VENDEN
LOS UTILIZADOS EN
ESTA REVISTA

CUPON

correspondiente al n.º 416 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



MADRE PREVISORA

Por estar mi hija enferma, la vengo yo a sustituir en el coro.

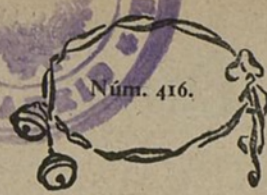
(De Jude, New York.)



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 17 de noviembre de 1929



CHARLAS DOMINICALES



ABLEMOS del fuego!...

¡A ver: "coro de vestales"!...

¿Que ya no existen?...

¡Bueno: que vengan las chicas de *Romea*!... ¡Es igual!

Lo importante en esta época del año es que sea mantenido el *fuego sagrado*. Y quien dice *fuego sagrado*, dice *calefacción central*.

Confiamos en que Mussolini, instaurador de todo lo antiguo, vuelva a crear el "cuerpo de sacerdotisas de Vesta". Pero dando a las de *Vesta* ocupación más *vasta*. (¡Basta!) Convendría extender el *servicio* vestal del templo al hogar doméstico. ("Tarifa reducida".)

Sí; porque hoy son las dueñas de casa las encargadas de la calefacción del domicilio, y pasan las pobres unos apuros económicos, ¡que ya, ya!

Acabaron por desdicha aquellas primitivas edades en que bastaba frotar dos palitos para obtener un magnífico brasero.

Hoy nos dan dos palos, y lo más que podemos decir es que nos han atizado *candela*. Pero esta *lumbre* es de poca duración.

Tampoco es aprovechable para el caso la que se consigue en el bonito juego de las *cuatro esquinas*. "¿Me da usté una ascuita de lumbre?..." "¡Por aquella esquina rebulle!..."

Quien pretenda calentar, por semejante procedimiento, las *cuatro esquinas* de su habitación, ¡aviado está!

No. Actualmente es más complicado el problema. Sobre todo, para las clases humildes; para lo que hemos dado en llamar "pequeña burguesía".

Las clases acomodadas alquilan "pisos" con calefacción ya instalada, y el problema se simplifica mucho. Pagan los *recibos* del alquiler (o no los pagan, que se dan casos), y asunto concluido. Su misión queda reducida a regular la *llave del irradiador*, según sientan el hogar *frío, frío, frío*, o *caliente, caliente, caliente*, que te ¡que te quemas! (Este es otro *jueguito* que estuvo de moda cuando era un niño Pepe

de la Morena.) Cosa distinta acontece en el hogar burgués de la *clase media*. (*Media* arroba de carbón cada diez minutos.)

En estos hogares el calor se consigue empleando diversos *sistemas*, incluso el *sistema* de "hacerse el loco" cuando el carbonero presenta la *factura*.

Hay familias que aún emplean el antiguo *brasero*, la elegante *copa* y la confortable *camilla*. Pero son las menos. Y huelen a *tufo* de un modo horrible.

La *salamandra* de antracita representa ya un adelanto. (Un *adelanto* de bastantes pesetas.) La *salamandra* es un animal que no se quema. El que se quema es el dueño. No obstante, algunas dan buenos resultados. Y no citamos "*marcas*", para evitar a los *malévolos* el trabajo de atribuirnos *mezquinas* e interesadas miras de *reclamo*. (Aquí, aunque sintamos mucho frío, jamás emplearemos la calefacción que consiste en *arrimarse al sol que más calienta*.

Descartados, para el temple corporal, braseros, estufas, *choubeskys* y *salamandras*, algunos incautos caen en la candidez de calefactarse *eléctricamente*. ¡Pobrecillos!... ¡Pobrecillos, cuando consulten el *contador*!...

Las *corrientes* eléctricas hacen pensar, al punto, en Don Diego. (También *Corrientes*.) ¡Caramba con los *voltios*!

Un par de pesetitas por hora no hay quien se escape de pagar, usando cualquiera de esos bellos proyectores, que semejan *faros* de automóvil, y cuyas *resistencias* acaban con las *resistencias* metálicas del más pintado.

La calefacción eléctrica es *cómoda*, sin duda, pero harto cara para el cajón de la propia *cómoda*. Mucho tendrá que abaratar el precio del *fluido* para que la tal calefacción resulte tan *popular* como cualquier *tango* argentino. (Comprendido el titulado "A media luz".)

Como ven ustedes, o como medio ven ustedes, es difícil la labor de las activas dueñas de casa, encargadas de proporcionarnos un *suave calor* dentro del modesto presupuesto familiar.

Y ¡ay de aquellas esposas que no consigan hacer *tibio* y *confortable* el domicilio conyugal!... El marido huirá en busca de más templados lugares, y... ¡nada tan peligroso como que un marido se refrigere en un "Casino" o se caliente en un "Cine"!...

La temperatura del hogar es la verdadera *atracción de forasteros*. Llamando *forastero* al esposo descarriado.

Una buena administradora de su casa debe conseguir una temperatura amable y económica para su dulce compañero, sin tener necesidad de acudir a la *leña*. Esos matrimonios que recurren a la lucha para entrar en calor, no llegan a convencernos.

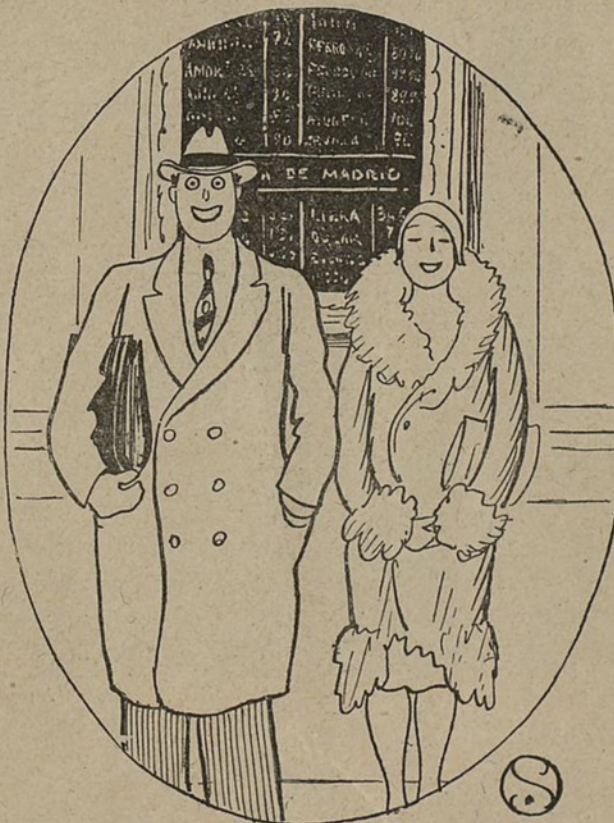
Ni tampoco esos *curdas* que pretenden hacer lumbre encendiendo un *tablón* con una *chispa*.

Nos gusta el fuego natural, el fuego físico y el "Fuego" de Henri Barbusse.

¡A ver, vestales, preparad el brasero sagrado!...

¿Está ya preparado el brasero?

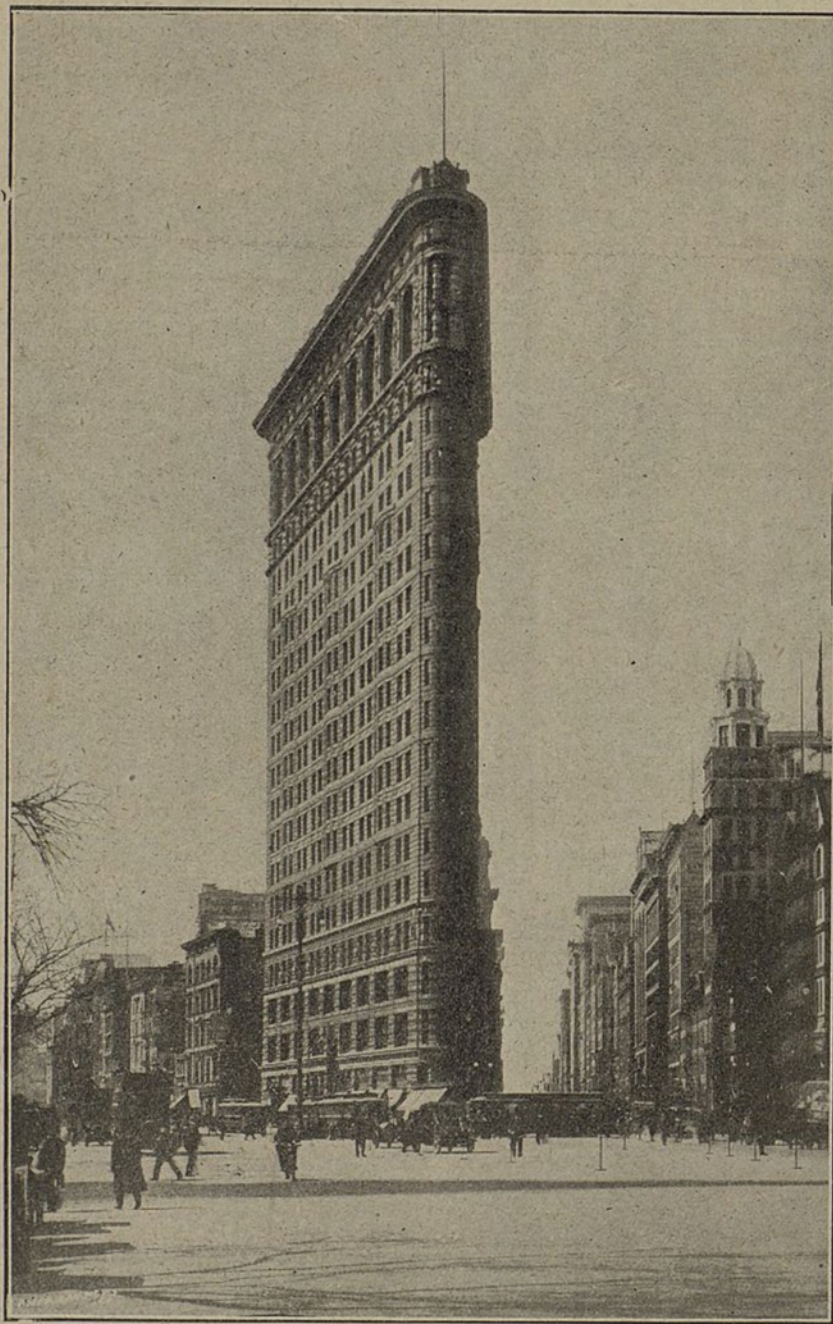
Pues yo voy a echar una *firmata*. LUIS DE TAPIA



Dib. SILENO.—Madrid.

“Buen Humor” en Nueva York

Cartas de un corresponsal que tenemos allí a sueldo



EL EDIFICIO LLAMADO “FLAT-IRON”

Hay que reconocer que el nombre de la casa resulta feo; pero la casa es más fea todavía. Resulta, más que casa, algo así como dos libras de chocolate, que las han puesto de pie y han crecido mucho. Y, desde luego, de chocolate de a peseta.

Nuevamente nos viene a alegrar la existencia una tierna carta de nuestro contumaz corresponsal neoyorquino mister Evans Craifford, que continúa persistiendo en su noble y corajuda labor de pintarnos las diversas particularidades de la capital yanqui con los más vivos colores de la paleta, que, por cierto, cada vez es menos paleta (aunque tememos que, si deja de ser paleta, va a perder los buenos colores y nos vamos a fastidiar todos). Mister Evans, evidentemente percatado del interés con que se le lee, arrecia en sus descripciones norteamericanas con un ímpetu alarmante, y en la carta de hoy nos descubre inesperados horizontes y nos refiere cosas tan atroces que, si no lloramos de agradecimiento, es porque somos unos réprobos que todo lo tomamos a broma, como si la vida fuese un tubo de la risa a treinta céntimos la entrada.

La carta del insigne Craifford, traducida con toda nuestra fuerza y agitada antes de usarse, dice las siguientes preciosidades, unas detrás de otras, y otras delante de unas:

“Exuberante e insistente director de BUEN HUMOR, ancianos y canosos redactores y colaboradores del mismo, y rubicundo y resignado personal administrativo del ídem:

Heme aquí otra vez (y ustedes dispensen si, por ignorar la gramática castellana, escribo un disparate al poner *heme* con hache; es decir, al poner una letra con otra letra que no tiene nada que ver con ella); heme aquí otra vez, repito, dispuesto a servir a los lectores de este semanario con la fidedigna y honrada veracidad que me caracteriza. Las cosas que hoy voy a contar se apoyan en hechos indudables, de la misma manera que los transeúntes fatigados se apoyan en los faroles, que también son indudables y también son hechos (más o menos bien hechos, según sean de elegantes los faroles, pero hechos al fin). No vale, pues, sonreír con desdén ni torcer la nariz con escepticismo, porque todo lo que voy a decir es de una certeza tan aplastante como un terremoto y tan indiscutible como que hay loros

que hablan mucho y han nacido en El Callao.

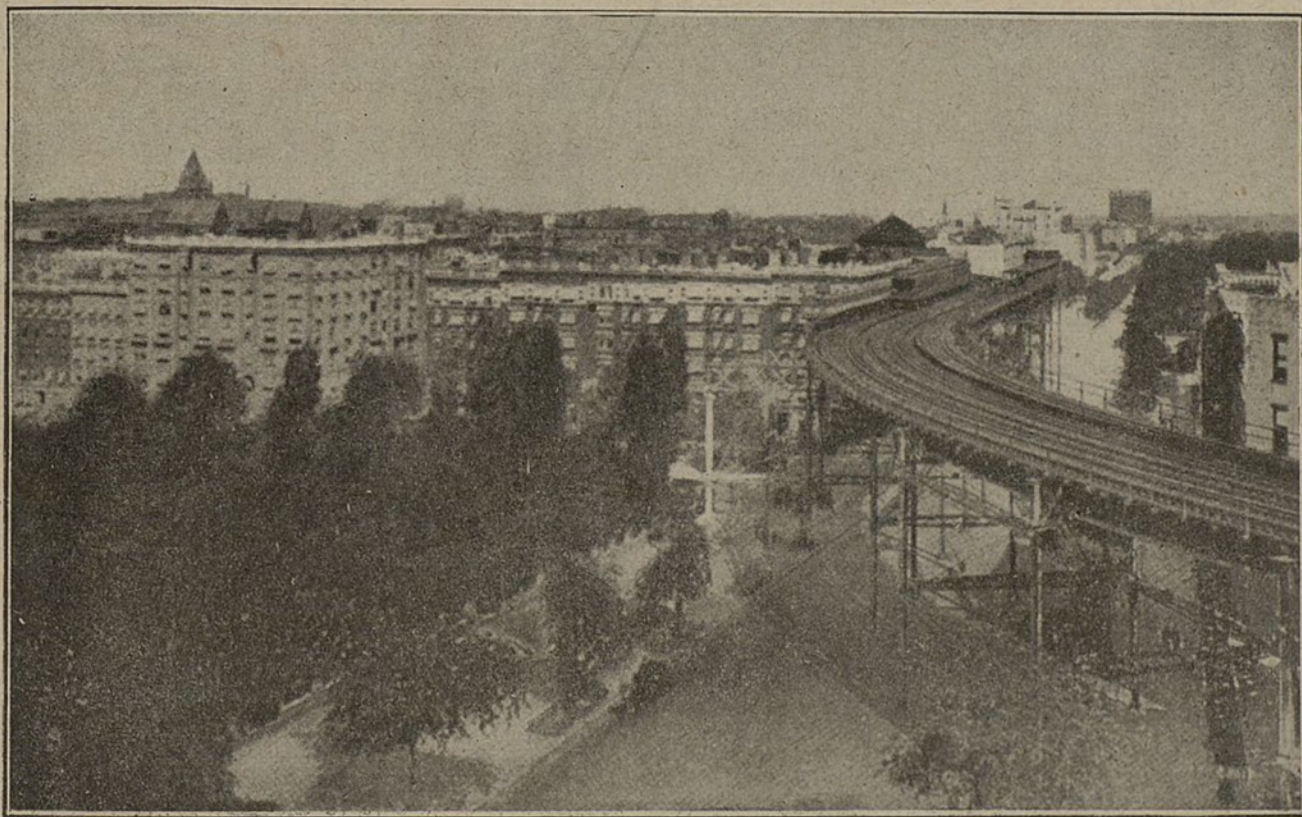
Uno de los peligros más grandes que ofrece la vida en Nueva York, es la abundancia de extranjeros sinvergüenzas que vienen aquí a cometer villanas porquerías, aprovechándose de que no les conoce nadie. Aquí es muy corriente el caso de un francés o de un extremeño que se hace pasar por un conde que padece de flato y que ha venido a Nueva York para cambiar de aires... Nosotros, ¡claro!, solemos creernos tan absurda especie, y el falso conde acaba por entrar en nuestra casa como Pedro por la suya, hasta que un buen día desaparece llevándose un gabán, o dos cubiertos de plata o la cama de matrimonio que por clasificación nos corresponde. Algunos, más insensatos, se llevan a nuestras señoras, y otros se llevan unos cuantos billetes de Banco, que es lo que verdaderamente no se puede tolear.

Excuso decir que, con estos tipos,

quien más padece es el comercio, porque calcularán ustedes que el hombre que no vacila en robarle a un amigo una trinchera o un pisapapeles, el día que penetra en un establecimiento ya no se conforma con una minucia y se lleva hasta la muestra. Una vez entró uno de estos gachós en una zapatería y, sin que nadie pudiera darse cuenta del procedimiento que empleó para ello, se incautó de todos los pares de zapatos que había en la tienda, hasta tal extremo que el dueño tuvo que titular a su zapatería *La sin par* durante los dos meses que tardó en recibir una nueva remesa de calzado. Otra vez, otro socio más infame que el anterior se introdujo en una carnicería y se llevó un cerdo el muy cochino. Y no hace todavía un mes que un tercer sinvergonzón se metió en un almacén de instrumental médico y quirúrgico y cargó con un espléndido y precioso esqueleto humano, precisamente el esqueleto más gallardo y calavera que había en los

escaparates de Nueva York. Es decir, que esta gentuza lo mismo roba carne que hueso, con tal de que el producto de sus indecentes hazañas pueda convertirse en dinero vil para sus vicios.

Pero hay otra cosa peor todavía: la miserable costumbre que han adquirido estos caballeros de entrar a comer en los restaurantes y marcharse sin pagar, además de llevarse los utensilios y prendas de uso que encuentran a mano. En menos de tres semanas han ocurrido los siguientes desmanes: un ruso dejó sin abonar un cubierto de tres dólares y se llevó el sombrero de otro comensal más honrado, es decir, que dejó en el restaurante dos descubiertos (el descubierta de los tres dólares del cubierto, y el infeliz sujeto a quien birló el sombrero, que es indudable que era otro descubierta morrocotudo); un checoeslovaco, después de pedir un pollo frío y de evadirse sin hacer efectivo su importe, se apropió impúdica-



EL TRANQUILO BARRIO DE HARLEM

Esto es una cosa como la Guindalera de Nueva York, algo más grande que la otra Guindalera, pero igual de infortunada. No tiene teatros, ni tiendas de paraguas, ni confiterías. Lo único divertido que tiene son los árboles. Y ya calcularán ustedes que la alegría que dé el pino no puede parecerse a la que daba la Pino en sus buenos tiempos. En fin, que este barrio es una pena.

mente una bufanda de lana que había en una percha, con lo cual vino a resultar que, por primera vez en Nueva York, un restaurante ha facilitado un pollo frío con bufanda a un cliente que no lo merecía; y, finalmente, un barítono portugués entró en una acreditadísima casa de comidas del barrio de Bronx y, después de decir que aunque era barítono no podía co-

mer más que en un restaurante cuyo precio fuese bajo, se hinchó de patatas con bacalao, y, aprovechando un descuido del mozo, robó un par de calcetines a un parroquiano que se había quedado dormido, y dos quesitos *Gervais* al encargado del mostrador; metió los quesos en los calcetines y salió por pies, sin hacer caso del camarero que le quería dar la nota, y

hasta diciéndole burlescamente que las notas no se les deben dar a los barítonos, sino que son los barítonos los encargados de dar las notas cuando buenamente les da la gana...

Pues bien, señores; ¿saben ustedes a lo que han dado lugar todos estos repugnantes abusos?... Pues a que el gremio de restaurantes tome una determinación enérgica, que se ha comentado por la Prensa de Europa como si fuera una extravagancia nuestra, hecha únicamente por el gusto de ser originales en todas las cosas. Y la determinación es la siguiente:

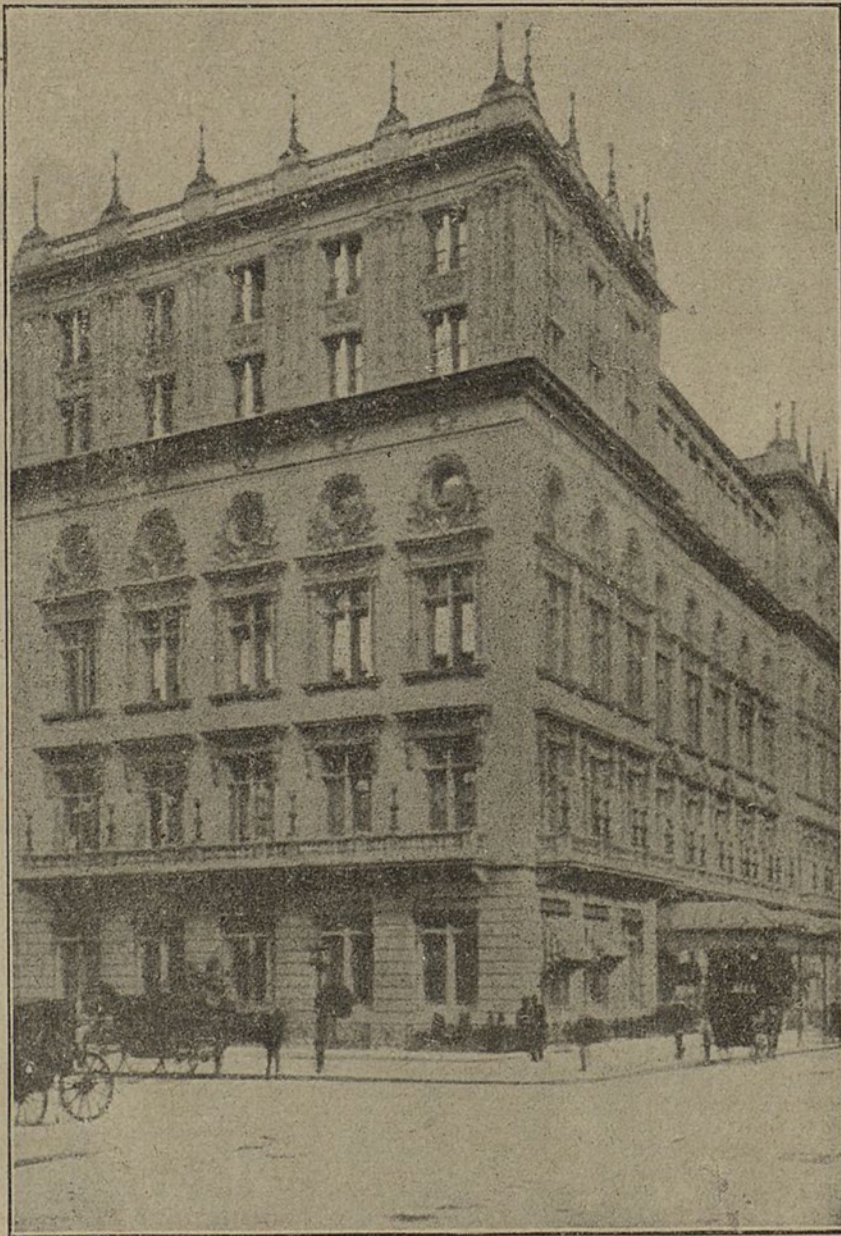
Desde hoy en adelante, todo comensal que penetre en un restaurante a atizarse un guisado o un *bisté* o lo que sea, tendrá que depositar previamente una fianza en metálico, equivalente al valor de todos los manjares que haya en la cocina, de todos los muebles y enseres que contenga el local y de todas las prendas de vestir que estén colgadas por las paredes. O, dicho con completa claridad: para comerse una chuleta de cordero que vale medio dólar, será preciso depositar diez o doce mil, y si no, irse a comer donde haya *primos* que conviden.

Y aquí tienen ustedes explicada en pocas palabras la razón única que ha habido para el pánico que se ha registrado en la Bolsa estos días pasados. A las horas de almorzar, los financieros tenían que vender los valores para sacar la fianza que habían depositado en el restaurante; y como todo el mundo vendía, porque todos tenían forzosamente que ir a comer, resulta que los valores han empezado a bajar con más ímpetu que los termómetros en Siberia; y, si se ha contenido la baja, es porque los banqueros han celebrado una reunión y han resuelto no comer más que almendras tostadas hasta que los dueños de los restaurantes, ante esa amenaza de huelga de estómagos caídos, comprendan que es una burrada persistir en su empeño.

La caraba, sencillamente.

* * *

Estos días, como ustedes saben de clavo pasadísimo, se han celebrado en esta escandalosa villa diversos homenajes en honor de Edison, con motivo del cincuentenario de la invención de la lámpara eléctrica. Esto está bien, y no seré yo quien lo critique, entre otras razones porque no tengo



EL "RESTAURANT DELMONICO'S"

Aquí tienen ustedes el restaurante más caro de Nueva York, y, por tanto, el más caro del mundo. Y no es que guisen bien. Es que a la gente le ha dado por ir, y al dueño por cobrar, y así estamos. La concurrencia dicen que es toda gente gorda; pero suponemos que adelgazará si sigue empeñada en comer allí.

tiempo. Pero lo que no está tan bien es que precisamente ahora hace cincuenta años que murió otro inventor pistonudo, y nadie se ha acordado del santo del nombre de aquel pobre hombre.

Me refiero al inventor del primer aparato quitamanchas que ha habido en el mundo y que, para orgullo nuestro, nació aquí, de madre honrada y de padre desconocido.

¿Y no les parece a ustedes una infamia que, mientras enaltecemos a Edison por haber llenado de lámparas todo el mundo, nos olvidemos del otro meritorio ciudadano que procuró evitar que todo el mundo estuviese lleno de lámparas?...

Es un absurdo, de los muchos que dejan pasar los guardias de la porra, y demás personas conscientes, con indiferencia suicida.

¡Qué lo vamos a hacer! ¡Paciencia!

Una agencia funeraria de Nueva York acaba de montar un servicio llamado a tener gran acogida por todos

los que aspiran a ser cadáveres en un plazo más o menos breve y perentorio.

El nuevo servicio que acaba de montar la referida agencia funeraria es el de la conducción de difuntos en aeroplano. Nadie negará que este servicio estará montado al aire, como los brillantes de gran valor, pero tampoco podrá negar que ofrece inmensas ventajas.

Las esquelas mortuorias presentarán indiscutibles novedades, tales como éstas:

"Don Fualno de Tal ha subido al cielo en aeroplano."

"Se invita a los amigos al acto del aterrizaje en el cementerio."

"El duelo se despide en el aeródromo."

"El cadáver tomará tierra dos veces, una por cuenta del piloto y otra por cuenta de los sepultureros."

"Se suplica la avioneta."

Y otras cosas tan originales y divertidas como las que acabamos de apuntar.

Pero lo mejor, indudablemente, de

este sistema es la rapidez, que, cuando se trata de enterrar a ciertos parientes, es lo que más encanta. Los yernos, sobre todo, están de enhorabuena, porque eso de enterrar a una suegra volando, es el placer más feroz que habrán disfrutado en su vida.

Lo único malo que vemos al procedimiento es el riesgo de un accidente, que, por tratarse de muertos, será siempre mortal. Aparte de que, dado el respeto que inspiran las cenizas de un semejante, sería lamentable que, si caía en barrena un aeroplano fúnebre, se verificase un lío que hasta ahora no ha tenido lugar ni en las cocinas ni en las carbonerías:

¡Que las cenizas se harían cisco!...

Y la gente se echaría a reír a carcajadas por la jocosidad coincidente.

Pero, por lo demás, la cosa me parece muy bien, mientras yo no sea el fiambre.

¡Que ustedes sigan tan gordos y optimistas, y hasta mi próxima misiva! *Evans Craifford.*"

Por la copia,
ERNESTO POLO



FOTOGRAFIA NOCTURNA Y ALEVOSA DE UNAS CUANTAS VIVIENDAS REGULARMENTE ILUMINADAS

Ofrecemos a los lectores este panorama, un poco confuso, de la noche neoyorquina en los barrios donde hay algo de luz. Si ven ustedes algo práctico, o sencillamente agradable, nos alegraremos mucho. Y si no ven ustedes nada, les pasará exactamente lo mismo que nos ha pasado a nosotros.

RAMONISMO

NUEVOS MONUMENTOS

Como nos hemos desviado del sentido idólatrico de la vida, los monumentos no llevan el orden y factura que habrían llevado de continuar la entronización del Buey de oro sobre pedestales de piedra.

Los monumentos van resultando demasiado insoportables, por erigir personas muy parecidas entre sí sobre ta-

néticos, ver a un hombre subido en un montículo, como transeúnte que espera el tranvía en situación desairada y presuntuosa.

Es hora de situar en la ciudad los monumentos a lo práctico y maravilloso, haciendo justicia a los aparatos.

Así yo propongo, quizá como el primero de los monumentos a hacer, el

a sus pies, como coronas de gratitud, los nuevos discos impresionados eléctricamente.

El monumento al automóvil presentará en sus materias genuinas un monstruoso automóvil, y estará iluminado por potentes faros y los niños podrán ofrendarle golpes de bocina o quemados run-runeos de klason.



buretes más o menos altos de piedra o mármol.

Cada vez resulta más monótona la figura humana. Parece como si el hombre se hubiese cansado de contemplar al hombre. Aun siendo otros hombres de otras generaciones los que contemplan la vida, parece que por ley hereditaria, por un secreto fotográfico de su alma, están hartos de todas las fisonomías y de saber ya hasta la saciedad todos los tipos de hombre. ¡Ya todo humano ha sido visto veinte veces más por las almas expertas!



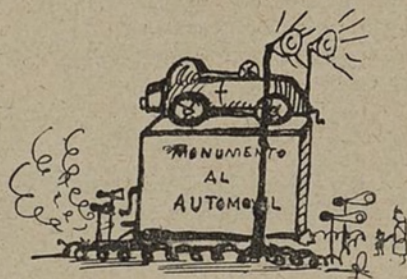
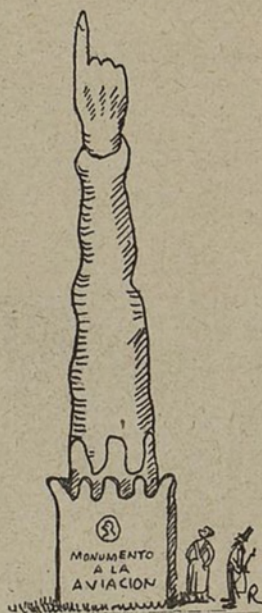
Hay que variar, pues, el sentido de las estatuarias. No pueden seguir siendo "maniqueadores" y sastres los escultores.

Hay que escultorizar los inventos y hacer símbolos cubistas o automovilistas. Ya nos fastidia, hasta ponernos fre-

monumento al thermo, que con la lógica de la nueva escultura podría ser un enorme thermo que testimoniase el reconocimiento de la Humanidad a ese artillero, gracias al que se consigue que a muchas leguas de las hornillas se pueda tomar un café caliente.

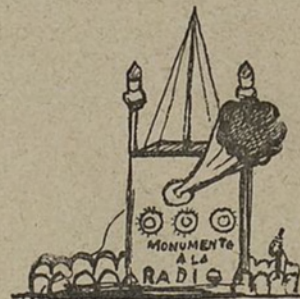
El monumento a la pluma-fuente vendría detrás, y testimoniaria, en forma de fuente de tinta azul, el reconocimiento de la Humanidad al no tener que mojar en el tintero, con aquel gesto de pescadores de ideas que tanto nos asemejaba a los salvajes.

Por otra parte, estos nuevos monumentos, que no contarán ya con esa especie de director de orquesta sin músicos ni auditores, que era el estatuado, tendrán un aspecto práctico, y es que el monumento al gramófono tendrá la facultad de funcionar incesantemente con los mejores discos, depositándose



El monumento a la radio tendrá el más potente altavoz del mundo y des-envolverá en el jardín el sentido de lo monumentalizado. ¡Oh, qué otra cosa hubiera sido si las estatuas de los grandes oradores hubieran sido, en lugar de estafermos mudos, representaciones vitalizadas por el vitáfono, lanzando el escultorizado el mejor discurso de su vida!

Hay que renovar el sentido de la per-



petuación, y todo monumento debe ser una ingeniosa máquina o una cosa—cosa y no persona—representando su especie de un modo gigante y complicado.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

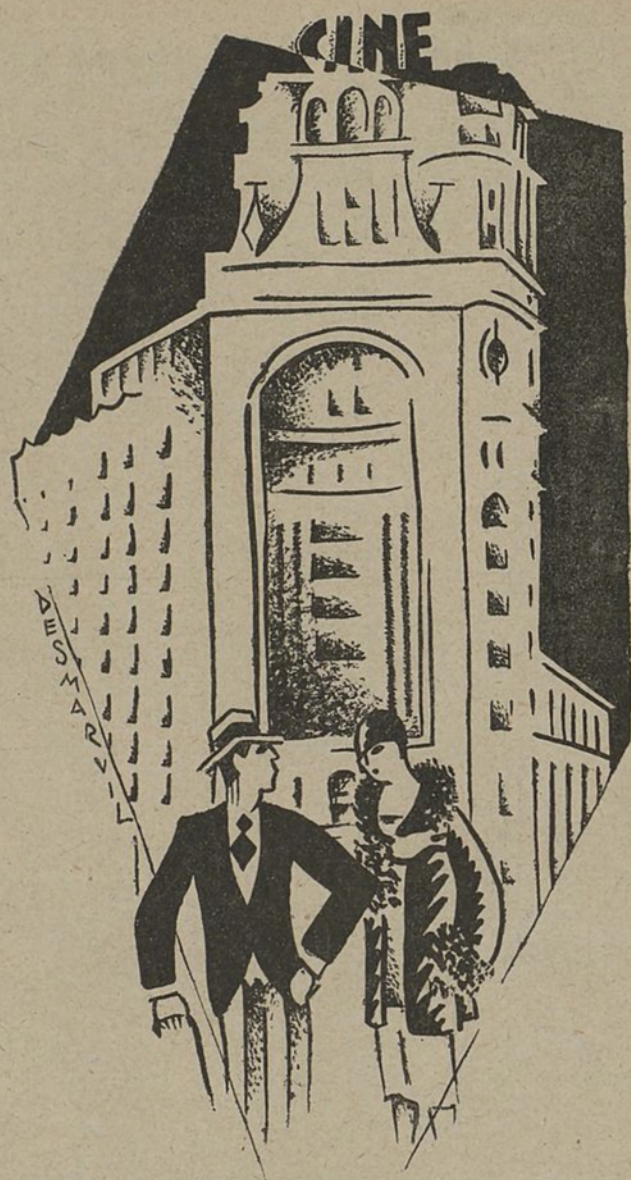
(Ilustraciones del escritor.)

"LA GLORIA EN CALZONCILLOS" CAMISERÍA



Castillo

Dib. CASTILLO.—Madrid.



—¡Es maravilloso el cine sonoro! Dan una voz en la pantalla y la oyen todos los espectadores.

—Oye, oye... y si dan un puñetazo, ¿también lo reciben los espectadores?

Dib. DESMARVIL.—Madrid.

EL AMOR CIENTIFICO

I

Aquel sencillo párrafo, inserto en los "Ecos de Sociedad" del periódico local, me atrajo como una adolescente peli-negra.

Porque nada tiene tanto poder de atracción para mí como las adolescentes de negro cabello.

Tengo una novia de dieciocho años y con el pelo negro como un parricidio.

Estudia Filosofía y Letras...

Y estoy heroicamente decidido a casarme con ella.

Pero volvamos a aquel sencillo párrafo, inserto en los "Ecos de Sociedad" del periódico local, que tan brutalmente llamó mi atención. Decía así:

"Ha dado a luz con toda felicidad un robusto niño el ilustrado ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, señora de Garcés (née, Concha Guarismo). Enhorabuena."

BUEN HUMOR

Con el matrimonio Garcés me unía una amistad firme y estrecha, como la conciencia de un fiscal de S. M.

Grande y antigua, como una catedral gótica.

Paco Garcés fué mi compañero de estudios en la Escuela de Arquitectura, y los dos nos enamoramos de Conchita Guarismo.

Conchita tenía el pelo negro...

Y estudiaba "Caminos".

Paco Garcés se enamoró de Conchita porque era arrogante y esbelta, como una integral; tenía un alma pura y analítica, y resolvía maravillosamente las ecuaciones bicuadradas.

A mí Conchita me había gustado por el color del pelo y la morbidez de sus pantorrillas...

Pero yo nunca he tenido talento.

Conchita prefirió a Paco; tenía mejor tipo que yo, y, sobre todo, le daban mejores notas que a mí en todos los exámenes.

Acepté resignadamente mi fracaso...

Y fuimos más amigos que nunca...

II

Los amores de Conchita y Paco eran un ejemplo a las generaciones venideras y un mentís agresivo a los que sostienen que el amor no existe.

¡Jamás pareja alguna se profesó más entrañable y puro cariño!

Yo fui testigo de aquellas relaciones y puedo decirlo...

Y lo digo.

Muchas mañanas, al salir de nuestras respectivas Escuelas, íbamos a pasear por el Retiro, y pude presenciar de cerca aquel acendrado amor...

¡Con qué exquisita ternura se referían las explicaciones escuchadas aquella mañana en las respectivas clases...!

¡Con qué cariñosa confianza se apostrofaban cuando alguno de ellos no caía con la debida prontitud en algún arduo problema, expuesto delicadamente por el otro...!

¡Y había que verlos por las tardes, cuando, en casa de ella, bajo los vigilantes ojos de la mamá, se tomaban mutuamente las lecciones del día siguiente!

¡Divino amor a base de una resolución continua de integrales y un continuo, cariñoso intercambio de fantásticos proyectos...

¡Y qué proyectos!

Todavía guardo uno en escayola que representa un atrevido puente de doce ojos...

Me lo regalaron como recuerdo.

III

Cuando terminamos la carrera, Conchita y Paco se casaron.

Y yo no volví a saber de ellos, hasta que aquel sencillo párrafo, inserto en los "Ecos de Sociedad" del periódico local me hizo saber la fausta nueva.

Tomé el tren y fui a llevarles personalmente mi enhorabuena.

Nuestra grande y antigua amistad no merecía menos.

IV

Cuando en la morada del feliz matrimonio me fué presentado el nuevo inquilino terrestre, la madre estaba en el lecho extrayendo una raíz 47 por logaritmos...

Al primer golpe de vista, aquel primer producto de la colaboración del arquitecto con el ingeniero de caminos, me pareció un ser espantable y repugnante...

Y al segundo golpe, también. Era un curioso fenómeno, de cabeza cúbica y ojillos esferoidales...

Sobre el pecho ostentaba un peludo lunar, de esta curiosa forma:

$$\frac{3}{4} \sqrt[3]{\log 18 - \frac{\sqrt{2}}{4}}$$

El padre de la criatura, que observó mi justificado asombro, me dijo:

—Un antojo de la madre; hace unos



meses discutimos un problema, y a Concha se le antojó que era esa la solución...

Al día siguiente se bautizaba el espantable y repugnante engendro...

Yo fuí el padrino.

V

Aquel ángel daba muestras de una gran inclinación a las matemáticas. Durante el trayecto, de su casa a la iglesia, los muros de los edificios llamaban poderosamente su atención.

Las matrículas de los automóviles le volvían loco...

Lloró desesperadamente, sin duda por-

que no le dimos la del coche que nos conducía...

Pero le acallamos cantándole la tabla de multiplicar...

¡Era un prodigio aquel ser, diminuto y espantoso!

Pero aún debía admirarme hasta lo inconcebible...

Y fué cuando, ya en la iglesia, y teniendo yo en los brazos, el cura dió comienzo a las ceremonias de ritual en todo bautizo.

El agua la aguantó sin protestar; únicamente volvió la cúbica cabecita e indicó: "No abusen del cloruro de sodio".

Solté al espantable y prodigioso ser y huí enloquecido.

Aquella tarde escribí una carta despidiéndome para siempre de mi novia, e inserté en todos los periódicos de la Península el siguiente anuncio:

"Joven arquitecto, rico, casaría señorita, a ser posible pelo negro. Inútil presentarse teniendo cursada la segunda enseñanza. Solicitudes, Alcalá, 2, Continental."

Los señores de Garcés no me saludan.

ALFONSO BELMONTE

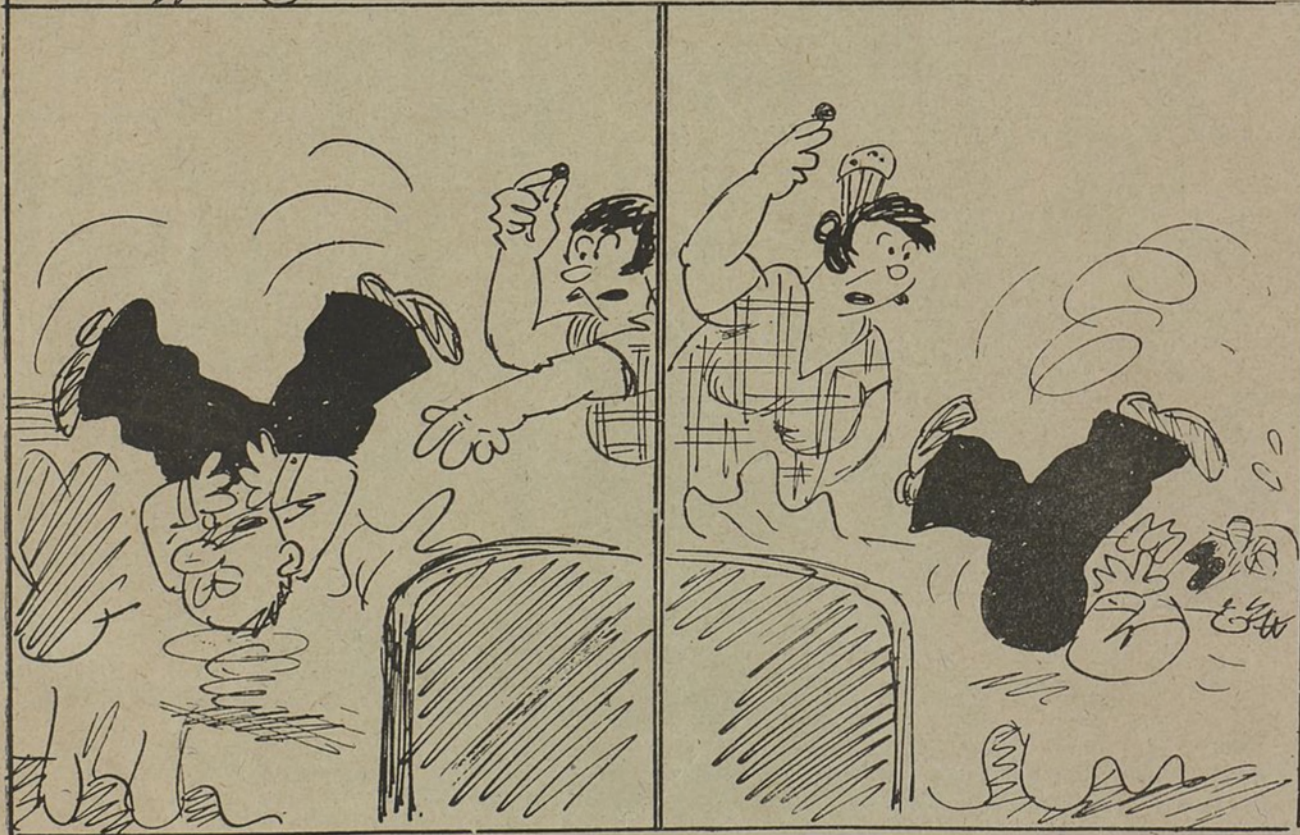


—Usted perdone. ¿Qué tal está la carretera para los autos?

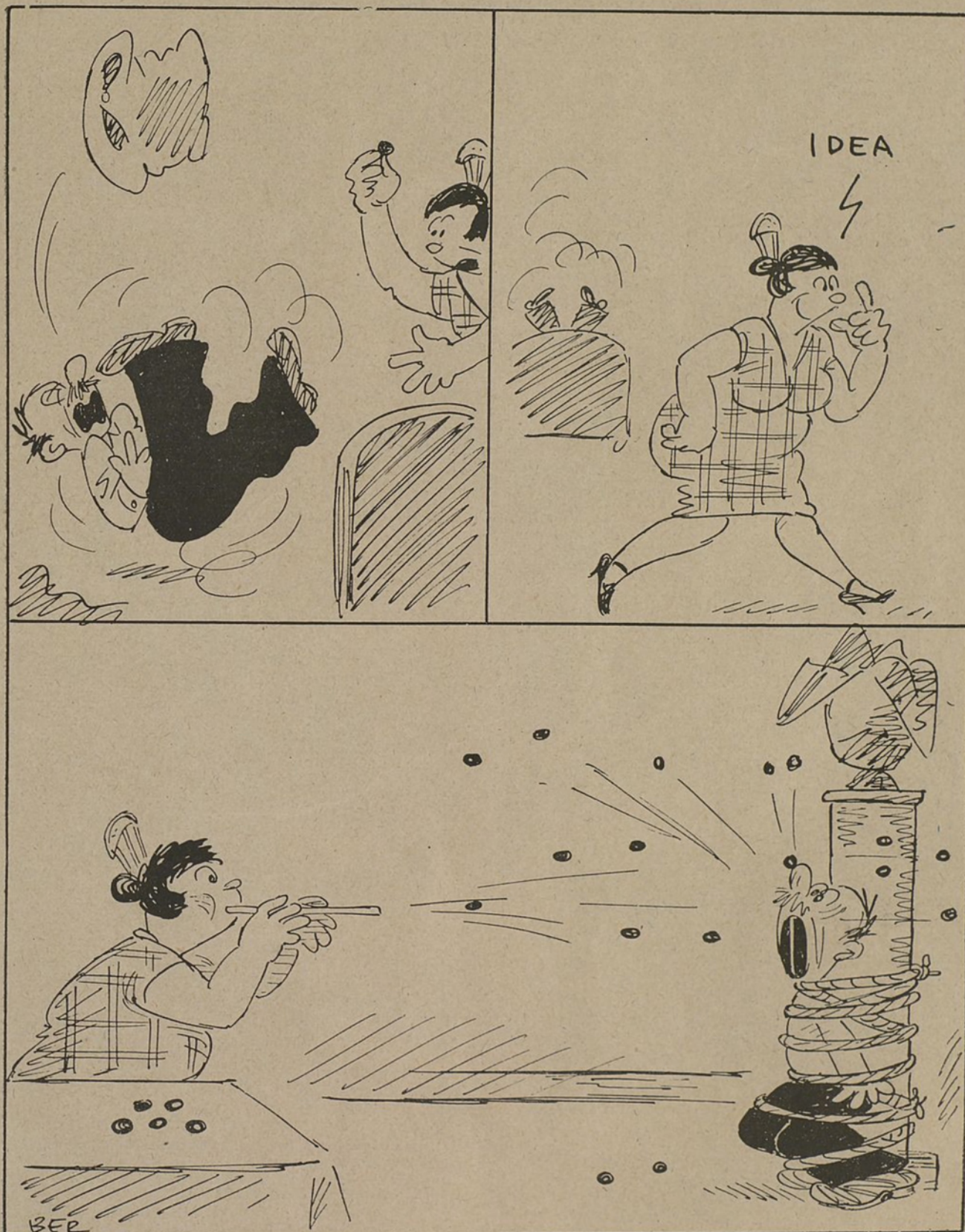
—¡Magnífica! Hay dos puestos de socorro, un hospital y, más allá, un cementerio.

Dib. GASTÓN MAS.—París.

Aventuras de Thon



on as Whisky. - XXI



¡OJITO CON LOS OJOS!

Aquello de las *monísimas* glándulas que Voronoff, para bien de los vejetes un buen día descubrió, fué, a pesar de su importancia, queridísimo lector, una simple fruslería, un juego de dominó, comparado con la *gracia* de un eminente doctor del Canadá, que ahora pone sobre el tapete (¡gran Dios!) otra más interesante y trascendental cuestión: los injertos de los ojos de animales (¡huy, qué horror!) para devolver la vista a todo el que la perdió.

Claro es que el ojo aplicable al hombre, en operación tan delicada, no puede ser ojo de ruiseñor, ni de pajel, ni de grillo, ni de tití... creo yo;

más sí de cabra, de ciervo, de avestruz o de león, u ojo de buey (esto es *duro*) o de pantera feroz, o de lince, que es el ojo conque se ha de ver mejor.

Tal descubrimiento puede armar la revolución entre los tuertos humanos; y otra, mil veces mayor, entre los animalitos a los que con una hoz les saquen los ojos para que *vean* que útiles son y, a más, para que algún tuerto vea claro con los dos.

A uno de estos infelices que ha sabido el notición, piensa darle buena vista su señora, doña Flor, con los ojos de un besugo, claros como el mismo sol; con lo cual carne y pescado podrá ver el buen señor.

¡Oh, cuántos *vistas* de Aduanas (que tienen un ojo atroz) habrán de ceder los suyos a ciegos de posición!...

Por mi parte, ante estos casos quiero estar "ojo avizor", es decir, con "mucho ojo", pues si es *mucho*, no habrá, no, quien me lo pida, no hallando fácil su colocación; como hay persona a quien puede servirle el de un caracol.

En fin, bien haya el injerto. ¡Pero que me libre Dios de que me injerten el ojo (1) que tiene cierto doctor!...

Y si un día necesito de otro animal uno o dos, ¡¡que no me coloquen ojos de gallo, por compasión!!...

JUAN PEREZ ZUÑIGA

(1) Clínico.



La señora, enfurecida.—¡Mira, como sigas así, vas a dar lugar a que me ponga la dentadura!

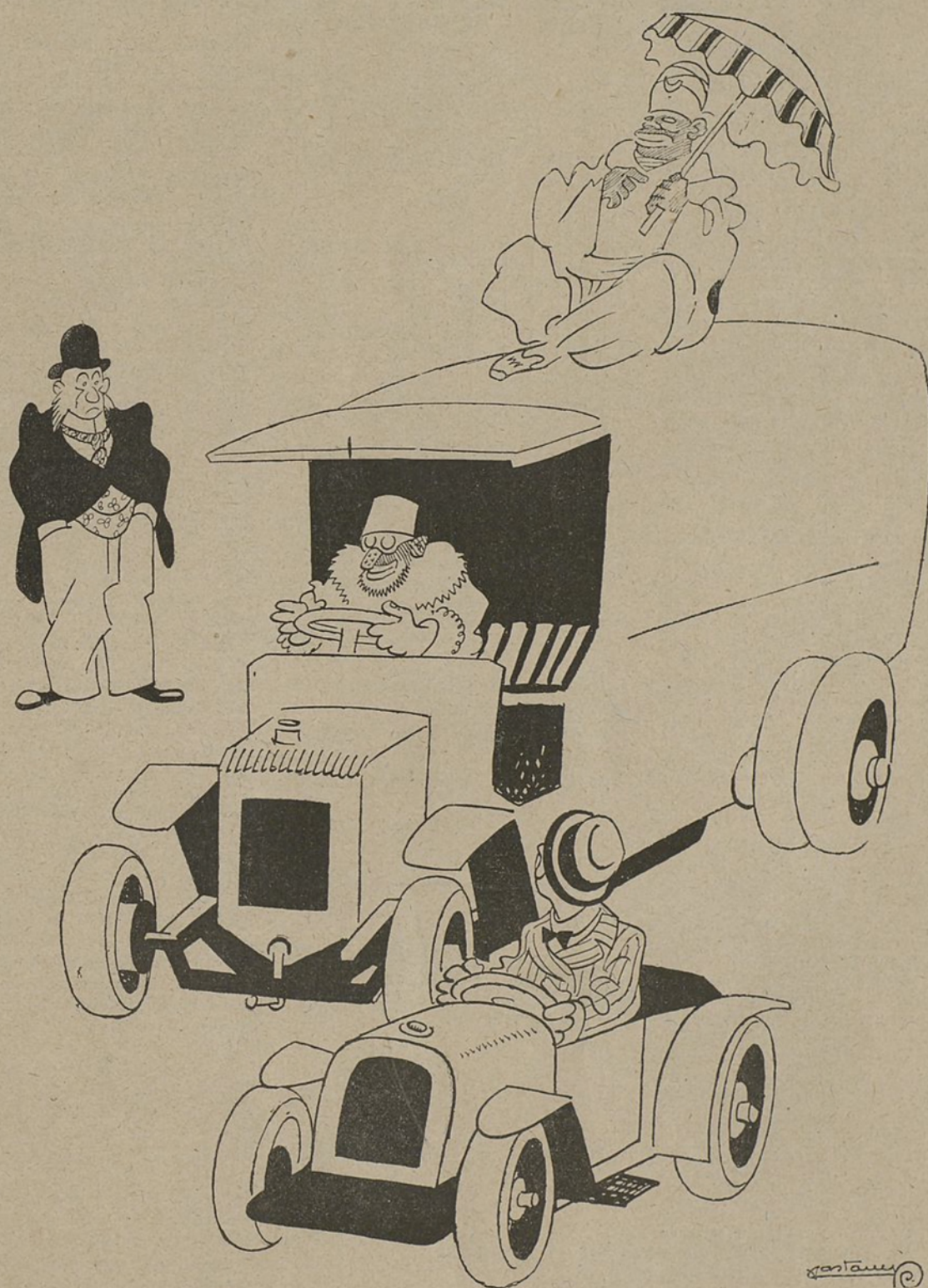
Dib. SORAVILLA.—Madrid.



—Dice aquí que van a hacer una suscripción para el monumento a Cervantes.

—Sí, sí... más valiera que el dinero se lo dieran a su pobre viuda.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



El rey de Siam, acostumbrado a ir montado en el lomo de un elefante, estrena su primer automóvil.

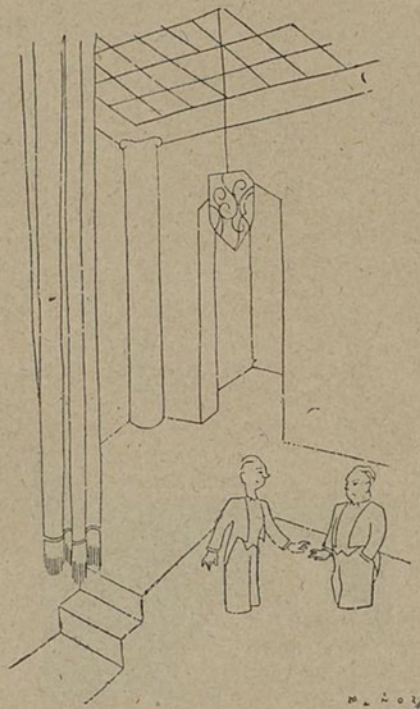
Dib. CASTANY.—Barcelona.

Un alba en Castilla

Un día, mi amigo Romualdo y yo salimos de Madrid para Guadalajara. Una vez llegados a la ciudad de los borrachos (y conste que no queremos ofender a sus simpatiquísimos indígenas), nos lanzamos al campo. Ibamos de caza. Toda la tarde nos la pasamos de mata en mata y de risco en risco, persiguiendo a todo bicho viviente—de cuatro patas—que se ponía ante nuestra vista. Pero no tuvimos suerte. Sólo pudimos coger un conejo y medio. (Un conejo que mató Romualdo y la piel de otro que alguien dejó olvidada sobre un espino. Por eso digo un conejo y medio.) Nos habían asegurado que por allí había muchos gazapos, y puede suponerse el humor que llevaríamos. Agréguese a esto que íbamos molidos, que era ya noche, una noche más negra que Josefina Báker, que no conocíamos el camino, que nuestro estómago estaba moralmente en el cuartel de inválidos..., y que el lector nos diga, luego de puesto en nuestro caso, si hubiera acogido sonriente al infeliz mortal que entonces le pidiera un pitillo.

Tropezando aquí y allá, siguiendo ahora esta trocha y luego este sendero, tuvimos la suerte de llegar a una carretera, que después supimos era la de Madrid. Este hallazgo nos reconfortó el espíritu. "Ahora—pensamos—no dejaremos de hallar un mesón"... Y, en efecto, diez minutos después Romualdo, que había leído la historia de Cristóbal Colón, gritó: "¡Eureka!" Y me atizó un trompazo en las narices, de puro contento.

Llegamos al mesón con un cielo ante nosotros de color de rosa. Salió a recibirnos la maritornes, una garrida moza que, con el hambre que yo llevaba, me pareció apetitosísima. Recordé entonces una copla, que literalmente no recuerdo, pero cuyo contenido es, poco más o menos, el de que las mozas de posada son como las vihuelas, que todo el mundo las toca; y decidí inmediatamente "templar" a la maritornes. Pero ésta, o no había oído nunca esa copla, o no quería saber su obligación, la obligación de toda maritornes que se estime en algo. El caso es que me atizó un soplamocos tan descomunal, que mi nariz no necesitó pañuelo durante tres meses ¡Qué quieren ustedes! Dan náuseas, neuralgia y hasta sarpullido, pero no hay más remedio que reconocerlo. La incultura es tan general en nuestro país, que la más zafia criada del último rincón no vacila en desmentir, cuan-



El futuro yerno.—Sí, señor; yo es-
pero vivir de las rentas.

El futuro suegro.—¿Pero usted tie-
ne rentas?

El otro.—Yo, no; pero usted sí.

Dib. Muñoz.—Madrid.

do bien le parece, al más alto poeta erudito o popular.

Romualdo y yo cenamos, desayunamos y comimos, todo en una pieza. En seguida pedimos una habitación; nos dieron una con dos camas, y poco después nuestros maltruchos cuerpos caían sobre los colchones.

Apenas despuntaba el Sol nos levantamos, aguijado el cuerpo por mil ansias. La sangre, esa sangre especial del cazador, nos bullía en las venas. Nos lavamos, peinamos, vestimos, etc. Hago gracia al lector de los detalles menudos propios de estos casos. Poco después estábamos dispuestos para cazar.

La derrota de la tarde anterior nos tenía rabiosos. Queríamos resarcirnos a toda costa. Ojo avizor, oído alerta, mano lista y pronta, estábamos decididos a que nuestra cacería fuese sonada en la comarca. Por otra parte, la suerte nos favorecía. La caza abundaba que era un contento. ¡Ya verían en Guadalajara, ya verían!

Era un alba clara, fina, de una transparencia de media calada. El Sol, que al principio no se decidía a salir, como si temiese que le castigasen, surgió al fin parecido a un globo de esos que regalan los jueves, pero más grande. Romero y tomillos embalsamaban el ambiente, piaban los pintados pajarillos, croaban las ranas y rebuznaban los cuatro mil burros que había por aquellos alrededores.

El sutil y perfumado aire del campo nos tonificaba a Romualdo y a mí, infundiéndonos nuevas energías. Desde las cinco hasta las nueve no cesamos un instante de cazar. Al fin nos detuvimos sudorosos, exánimes, pero llena el alma de satisfacción.

Nos limpiamos el sudor y descansamos unos minutos, sin dejar de contemplar a nuestras víctimas. Al fin, nos decidimos a separar los machos de las hembras. Efectuada esta operación, procedimos al recuento. Mi amigo y yo nos miramos entusiasmados. Y no era para menos. Habíamos matado 400 pulgas y 300 pulgos. Porque se me olvidó decir a ustedes que no habíamos salido del dormitorio...

DIEGO PRADO DEL AGUILA



ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**

BADALONA

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL



ALREDEDOR DEL MUNDO

Curiosidades y rarezas

I

Wifredo el Velloso tenía la higiénica costumbre de no dar propina a los peluqueros.

Esto salta a la vista, porque, de habérsela dado, le habrían servido con más eficacia y hubiese pasado a la Historia con el nombre de Wifredo únicamente.

II

Próximamente se transmitirá por radiotelefonía un concierto de la Banda Municipal y una recopilación de artículos de Eugenio d'Ors, y los radioescuchas se encontrarán ante un problema peliagudísimo.

El de averiguar cuál de las dos cosas es más música.

¡Porque que son música las dos, eso ya estamos todos en ello!

III

El animal que tiene más pretensiones y un formidable delirio de grandezas es el piojo.

Lo decimos con pleno convencimiento, porque ya sabrán ustedes que pica muy alto.

IV

En el Brasil hay unos cocodrilos que se alimentan con unas porquerías que hay en el fondo de los ríos.

Exactamente igual que algunos ciudadanos del antiguo régimen, porque suponemos que lo que comen los cocodrilos del Brasil, como lo que comían éstos, será una cosa que se llama el fondo de reptiles.

¿No?... ¡Pues yo creía que sí!...

V

Las moscas que pican a don Francisco Cambó mueren todas con la sangre envenenada.

VI

En la dentición de los niños hay fenómenos muy curiosos. Criaturas ha habido que han echado los dientes de manera tardía, y niños que han nacido ya con uno o dos. Luis XIV y Mirabeau nacieron con un diente (con un diente cada uno, no con un diente para

los dos). Y, en cambio, Romanones no había echado las muelas hasta el 13 de septiembre de 1923, que las echó, como ustedes saben muy bien, de un modo fulminante y furibundo.

VII

Pastora Imperio, a pesar de su modestia, ha sido una de las cantantes más formidables que ha habido en el mundo.

Y la prueba de ello está en que, habiendo cantado tanto como la que más (y en algunas ocasiones encontrándose indispueta), solamente una vez se le ha escapado un Gallo...

VIII

Los peces del Jarama no tienen escama.

Y la demostración es bien sencilla: ¿Ustedes creen que si tuvieran escama se dejarían pescar?

Lo dicho: son unos infelices...

IX

En Italia hay una costumbre muy extendida entre los buenos bebedores de vino, que consiste en colocar en un

vaso la porción que se han de beber por la mañana, y ponerlo al sereno, con lo cual se consigue que se refresque, se libre de microbios y adquiera un bouquet delicioso, debido a las emanaciones carbónicas producidas por la nocturnidad, el aislamiento y la alevosía.

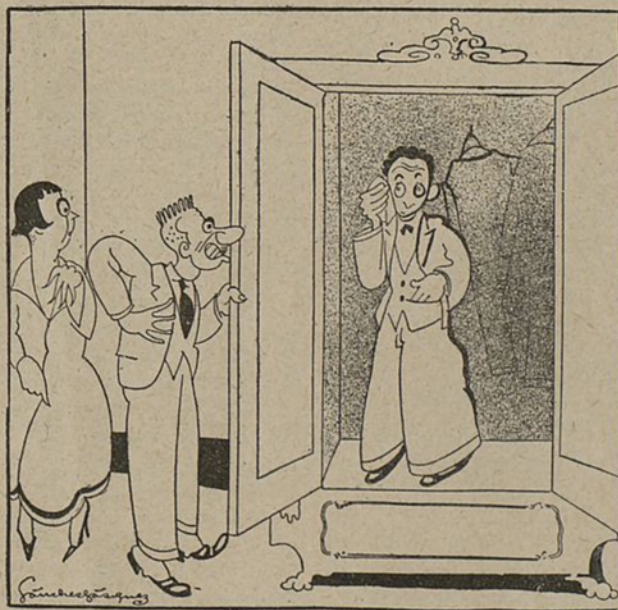
No obstante, no recomendamos el procedimiento a los bebedores españoles, porque aquí tiene un peligro bárbaro.

Y es el siguiente: si aquí ponen ustedes un vaso de vino al sereno, se quedan ustedes sin él *ipso facto*, porque es que el sereno se lo bebe en cuanto ustedes se descuiden nada más que tanto así.

X

Cuando don Joaquín Sánchez de Toca, en oración, mira al cielo, o cuando simplemente levanta la cabeza para observar un aeroplano o para fijarse en si está nublado, Madrid se adorna con un obelisco más, que rebasa en doce metros el edificio de la Telefónica y que asusta a las golondrinas.

SOTERO L. PEON



—¿Qué hace usted ahí?
—Pues... tomando baños de sol.

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Madrid.

Turismo melancólico

Nada... Nada... *Hihil*, que decimos... Vanidad de vanidades, que decía el otro... Venimos de la Exposición de Sevilla, sí; y de la de Barcelona también. Y están hermosas las dos, sí, preciosas, la una y la otra; la otra y la una. Tanto montan. Hermosa Barcelona y hermosa Sevilla. Y Valencia por supuesto, pues no faltaba más. Pero ¿qué? Cuantas más hermosuras vemos más se nos aumenta la melancolía... ¿Qué quieren ustedes que hagamos con el mundo si el mundo es más grande que nosotros y da vueltas y no podemos seguirle en las vueltas y nos deja atrás?...

Cuanto más nos expongan las bellezas y las riquezas de aquí, de allá, de acullá, más iremos alicayéndonos nosotros...

Esta Plaza de España, mayor que España misma, es hermosa, ¿quién lo duda? Pero hay que recorrerla a pie... A pie y sin dinero... Con una plaza en el ministerio de Trabajo, una de esas plazas en donde el trabajo es mínimo, como indica la palabra "ministerio", nos contentábamos nosotros... La de aquí nos viene grande...

¿Y el submarino Peral?... Precioso, ya lo creo...; una gloria, ya lo creo... Había resuelto el problema de que un barco se hundiera y saliera a flote, y mientras el barco, en efecto, salía a flote, el autor se hundía... Ya lo ven... Aquí está el casco y Peral en el cementerio: no tuvo ni el recurso de que le dieran por el casco ni el real que suele darse cuando se devuelven los cascos...

Y es hermoso, desde luego, ver a todas las naciones suramericanas reunidas... Todas nuestras hijas en Sevilla... Perú, Chile, Colombia, Venezuela, Argentina, Paraguay... La madre patria ve reunidas en torno suyo a las hijas de allende, cada una con su pabellón. Es conmovedor y nos conmueve, pero nos entristece...

Primero, nos achican... Viene una cualquiera, Uru o Para o Cualquiera, una de esas Repúblicas que nosotros creíamos chiquita porque la veíamos en el mapa tan poquita cosa, y nos hace ver que dentro de sus tierras cabe España con Portugal y sobra tierra.

Viene otra, Chile, y nos presenta una serie de retratos de *Damas chilenas* de vaya usted con Dios... ¿No es melancolizante? Ya estábamos nosotros en plan sauce pensando en las bellezas exclusivamente ibéricas que no han de ser jamás señoras de Fulano (Fulano somos nosotros), y ahora resulta que en Chile hay otras tantas... (Cuidado, amigo cajista: que digo "otras tantas", no vaya usted a poner "otras tontas").

Y ¿el Brasil? Este nos ha impresionado más que nada... Jamás nos habían entrado ganas de ir al Brasil, y mire usted por cuanto se descuelga con un pabellón formidable y extraordinario... Este no se contenta con demostrarnos que España cabe en el Brasil; éste nos hace ver que dentro del Brasil puede Europa entera danzar un rigodón holgadamente... Y ¡qué selvas, qué paisajes, qué riquezas!... Maderas preciosísimas, profusión pintoresca de animales, café que perfuma la existencia... ¡Mil encantos!... Y ¿qué? ¿Vamos a irnos al Brasil?... ¿Qué saldriamos ganando? Cero, cero... Ese riquísimo café produce hiperclorhidria; esas pieles admirables de animales dan sustos fenomenales cuando no están las pieles solas, sino puestas en su sitio, o sea en los animales; esas maderas riquísimas están preciosas así, formando parte de un "parquet" o convertidas en pantallas translúcidas de lámparas portátiles... Y no cuesta caro... Esas maderas riquísimas exigen que seamos más riquísimos que las mismas maderas a fin de tenerlas en casa...

Y aunque las tuviéramos, ¿qué? ¿Dónde meter tanta madera? Conque ya tenemos la casa llena de papeles y ahora vamos a meter maderas... No hay espacio... Y si hubiera espacio igual, porque no hay tiempo... No hay tiempo para todo, no, señor... Aquí está el pabellón Real que viene a demostrarlo... Carlos V en su caballo, con su lanza y su armadura, soberanísimo y grandioso: la perfecta majestad del poderío... Hasta el mástil, con armadura y con penacho, es regio, altivo y noble... ¡Todo un concepto de la vida majestuosa y magnífica!... Y ¿qué?... ¿Dónde está Car-

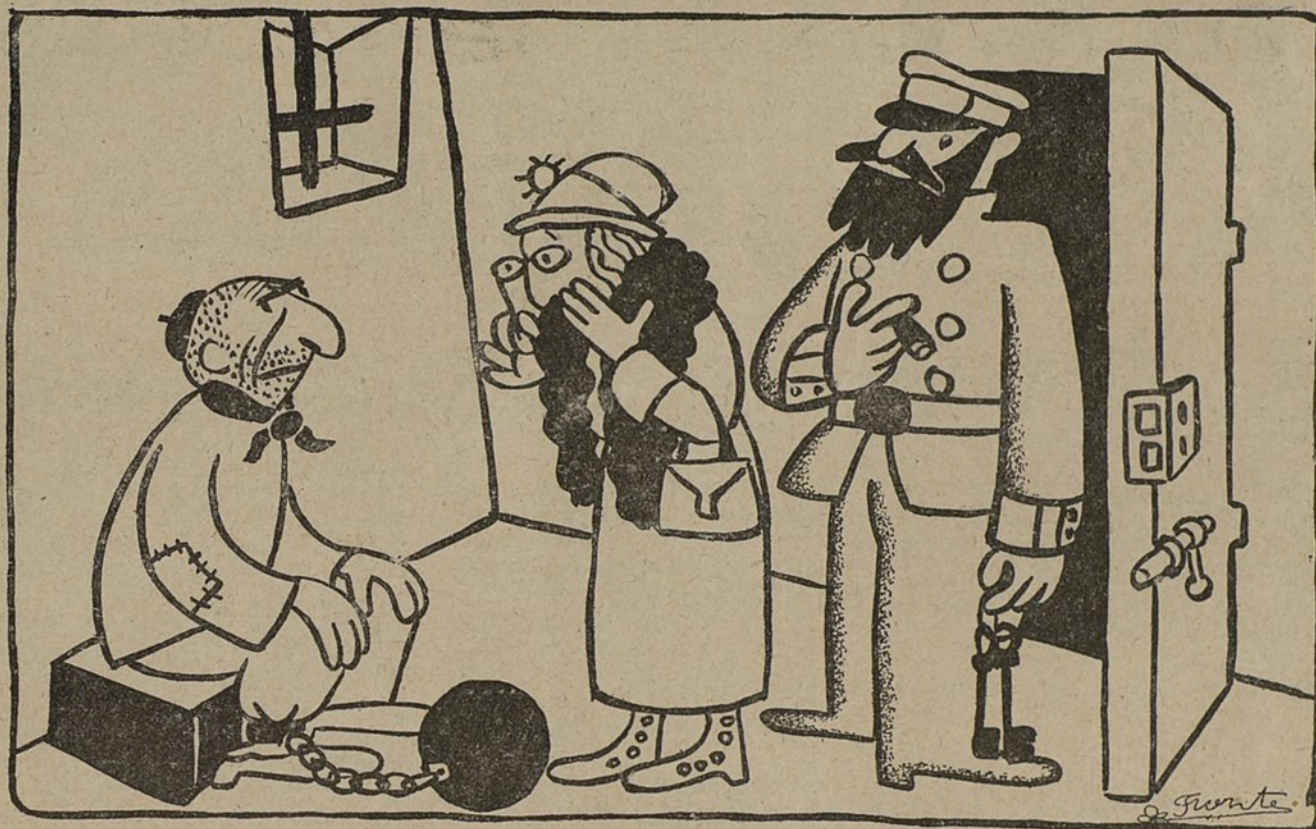
los V? Y ¿dónde el perro?... Con toda su armadura y su lanza y su caballo no ha podido venir a esta Exposición y se ha quedado sin verla... Nosotros, en cambio, con estos pantalones con rodilleras, sujetos por unos tirantes de seis colores, la hemos visto...

Y no basta..., no; no basta... Dentro de unos pocos años todos calvos. El no ha podido venir a esta Exposición y nosotros no podremos venir a la de Tokio... El está, en la Exposición, relleno de serrín, y nosotros vamos comenzando a estar rellenos de lo mismo... Quisiéramos haber vivido en la época de estas carrozas que hay aquí, tan opulentas que por sí solas dan idea de un mundo y una vida extraordinarios. Pero si hubiéramos vivido en la edad de las carrozas, no hubiéramos vivido en la edad de las *carrosseries*. Todo grande, todo bueno, todo regio, pero engaño, miraje, ilusión... Estos tapices soberbios nos hacen exclamar: "¡Entonces sí que se sabía hacer las cosas!"... Pero estos tapices entonces no se veían apenas con las luces de aceite y las antorchas... Nada..., ilusiones..., engaños..., espejismos..., caducidad... *Pulvis eris... et in pulvis reverteris*.

Y a propósito de *reverteris*, que evoca en nosotros pasadas glorias taurinas: hay una sala de abanicos y trajes regionales de mujer que quita la cabeza a los pocos que aun la tienen y que pertenece a Bombita... ¡Vaya un tío coleccionando!... ¡Precioso!... Pero da igual... La que veníamos diciendo... Mujeres con trajes preciosos que no veremos jamás ni vestidas así, ni vestidas de otro modo, ¿No es para dejar que caiga al polvo ni desnudas, ni de ninguna manera... una lágrima furtiva?...

No podremos vivir más época que la nuestra. Y eso gracias a las gracias... Epoca admirable, sin duda; como la que más, desde luego... Pero, ¡ay!, toditas las épocas vienen a ser, en resumidas cuentas, lo mismo, lo mismo, lo mismo: vanidad de vanidades..., engaño..., miraje..., alhigüí..., espejismo, paja y humo...

Aquí tenemos, por ejemplo, el pabellón de la Argentina, el de los Estados Unidos... Progreso, industria,



LA SEÑORA INGENUA.—Y usted, buen hombre, ¿por qué está preso?

—Porque maté a mi padre, señora.

—¡Huy! ¡Pobrecito mío, lo que le regañarían a usted en su casa!

Dib. FUENTE.—Madrid.

perfección... En el norteamericano, una vitrola ortofónica que suena como una orquesta. Magna obra, ya lo creo... Es algo digno de oírse... cuando queramos oírlo... Pero se oye en el jardín, en el silencio de la tarde..., en los cuatro puntos cardinales..., en los ochenta y tres puntos cardinales..., en todos los puntos en donde quisiera uno escuchar el rumor de los pájaros que van recogiendo para dormir a la caída de la tarde...

Y en la Argentina vemos maravillas: el trabajo del hombre y sus industrias... El comercio... ¡Cosa hermosa!... La actividad... El dinamismo febril y fabril... Pero, ¡ay!, no nos engaña... Todo eso es de vitrina... En esta vitrina, sombreros de paja... Perfectamente bien...; aquí da gusto verlos...; pero los sombreros de paja serán para cabezas de lo mismo...

Y en aquella vitrina unos cuellos... ¡Qué bien cortados los cuellos!... Pero, ¡ay!, son de tela..., no os figuréis que en la Argentina ni en ninguna parte han logrado llenar una vitrina con los cuellos de carne y hueso que están diciendo cortarme... Cuellos almidonados, de buen corte... "¡Admirables!", decimos. Pero no, no seáis inocentes... Estos cuellos y los otros son los que nos estrangulan después y los que nos fríen la sangre resistiéndose a abrocharse cuando tenemos más prisa...

Y unas ligas y unas fajas de señora... ¡Protéjenos, Señor, y no nos dejes caer en la tentación de meternos en interioridades!... Ya sabemos desde ahora que nos vamos a encontrar con estas fajas, y no, nos parece demasiado... Y camisetas... ¡Tampoco en la Argentina se han podido los hombres

superar la camiseta!... ¡Qué descubrimiento tan triste!...


Y la fabricación del algodón..., y la fabricación de las bombillas eléctricas..., y la fabricación del caucho... Todas las fabricaciones de las cosas que nos cuestan un ojo de la cara...

Y los panoramas del mundo... Paisajes..., montes..., selvas..., prados y bahías... Dos mil cien caminos por donde pasear, en idilio de amor, con las dos mil cien parejas respectivas... Imposible dar abasto... Nos sobran dos mil caminos y dos mil parejas... ¡Inútil esforzarse!... ¡Todo inútil!...

El mundo es un alhigüí.
Todo se vuelven bellezas
que no han de ser para mí...

MANUEL ABRIL

DEL BUEN HUMOR AJENO



EL DIAMANTE, POR GASTÓN GALLANDO

Es ya una vieja costumbre la de tomar a Norteamérica como el campo de acción del "businessman" y cuna de las fortunas rápidas. Nosotros, en cambio, tenemos fama de rutinarios y haraganes.

Sin embargo, presentamos el siguiente caso que, si no destruye el

prejuicio, tendrá, al menos, la virtud de infringir la regla general.

Alfred Pauner era un hombre que no todos los días comía.

Era quizá por eso que había consagrado a Nuestra Señora la Pereza un culto tan profundo, ya que, si

hay que creer el proverbio, el sueño reemplaza ventajosamente a la comida. Pero lo cierto es que nadie sabría decir si el hombre era causa de la pereza o la pereza del hombre.

Alfred daba vueltas a un círculo vicioso, y si no hubiera sido por el azar, ese dios de los indecisos, nunca hubiese salido de él.

Un día que deambulaba por esas calles de Dios, con la cabeza llena de mil infalibles combinaciones financieras, se detuvo de repente, posó maquinalmente en el suelo el pie que tenía en el aire, agachóse sin apresuramiento y recogió un minúsculo objeto brillante. Era un diamante.

No sé si ustedes se dan una cabal idea de la importancia que tal acontecimiento puede tener en la vida de un hombre. Evidentemente, hay muchas maneras de desprenderse de un diamante encontrado en la vía pública.

Pudo haberlo depositado en una comisaría; pero Pauner era fundamentalmente honroso y sentía hacia los policías cierta desconfianza instintiva, que le hacía evitar ese género de tratos.

También pudo devolverlo a su propietario; pero éste, por casualidad, había olvidado adjuntar al objeto perdido su nombre y dirección.

Súbitamente, Pauner se golpeó la frente como Arquímedes. Juntó con apresuramiento las pocas monedas diseminadas en los bolsillos de su chaleco y se dirigió a las oficinas de un gran rotativo de la mañana, en donde redactó el siguiente anuncio:

Ha sido hallado un soberbio diamante de 57 quilates. Reclamarlo a Pauner, C. P. 5555, contra reembolso



LA MADRE.—Vete a la tienda y compra un paquete de horquillas.

LA HIJA.—No, mamá, no quiero que la gente sepa que mi madre está pasada de moda.

(De *The Passing Show*, Londres.)

de gastos de inserción del presente anuncio.

Antes de ir a su casa visitó a un joyero amigo, por quien se hizo tasar el diamante.

—Le puedo vender de los mismos —dijo el joyero— todos los que quiera a cinco francos la docena. Pero los míos están mejor imitados que el suyo.

Casi se desmayó Pauner. Apenado por el gasto extraordinario que había hecho, se acostó más temprano que de costumbre.

Al día siguiente fué despertado por la patrona. Un señor lo buscaba.

—Vengo por el diamante de 57 quilates que se encontró ayer... Gracias, señor, gracias...; me ha salvado la vida... ¿Cuánto le debo?

¿Me creerán ustedes si les cuento que Pauner se quedó mudo de asombro, estupefacto, con los brazos caídos; en fin, como puede estarlo un hombre a quien se le despierta a las diez de la mañana?

Fué, pues, casi maquinalmente como entregó con una mano el diamante y con la otra, extendida, exclamó:

—Son diez francos, señor, solamente del anuncio.

Entonces Pauner se acordó que hacía cuarenta y ocho horas que no comía, y aprovechó la circunstancia de haberse despertado a una hora tan intempestiva para lanzarse a la calle en busca de un restaurante, después de haberse hecho una somera "toilette". Si no fuera por la circunstancia de haber salido en seguida para reparar sus fuerzas, el acontecimiento

capital de su vida no se hubiese producido. Por eso hago resaltar ciertos detalles.

Cuando estuvo de vuelta en su cuarto, hacia las dos de la tarde; cuando se disponía a dormir la siesta, a que lo invitaba su estómago casualmente satisfecho, le dijo la portera:

—¡Ah, señor! Ya era hora de que regresase! Han venido veintisiete hombres en busca del diamante. Todos quedaron en volver dentro de un rato.

—¡Veintisiete propietarios para un solo diamante... falso!

Pauner no quería dar crédito a lo que oía. Veintisiete más uno, el primero, o sean veintiocho; y todos tan alegres y satisfechos, uno como otros, ante la idea de recuperar un bien perdido. ¡Parece mentira que hubiese en el mundo tantos señores que per-

diesen un brillante con tanta facilidad! A menos que...; pero es claro...

—¡Ah! ¡Los canallas, bandidos, miserables!

En ese preciso instante Alfred Pauner tuvo el sentido de los negocios.

Volvió a casa del joyero, en donde compró tres docenas de diamantes por la suma de quince francos, prestados por la dueña de la pensión.

Y lo más extraordinario de la aventura fué que los veintisiete "clientes" de la mañana volvieron. Todos se fueron con un pedazo de vidrio tallado y una sonrisa de satisfacción a flor de labios, después de haber pagado cinco francos.

Otros cayeron después, convenientemente atraídos por el anuncio pernicioso, que a intervalos hacía una rápida aparición en las páginas de los diarios matutinos.

Y era de ver a todos esos vivos pasear uno por uno por la calle Rameurbert, una vez concluido el negocio, sonriendo felices ante la idea de la jugada que creían haber hecho al honrado Pauner...

¡No era para menos!... ¿Se imaginan ustedes? ¡Un diamante de 57 quilates... por cinco francos!...

En el momento que escribo estas líneas, Pauner, cuyos negocios han prosperado enormemente, ha construido una fábrica de vidrio, que podía muy bien haberse llamado "Fábrica de diamantes perdidos".

¡Que digan luego que entre nosotros no existe el espíritu de empresa!

P. L. M.



El fumador (intentando en vano encender un pitillo).—¡Es extraordinario! ¡Ya han inventado los "cigarrillos sin humo"! (De Tokio Pakku, Tokio.)



UNA BUENA IDEA

Modelo de traje de etiqueta para uso exclusivo de los negros del Senegal.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste el nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

En una batalla.

—Mi capitán, el ala derecha de nuestro ejército está a punto de ser copada por el enemigo.

—Pues no hay más solución que ahuecar el ala.

Ralo (Palencia.)

¿Cuál es el colmo de un calvo?

Que le amenacen con un revólver y se le pongan los pelos de punta.

El gato Periquito (Valencia).

En la Audiencia:

—Vista la causa y no resultando ninguna prueba contra usted, queda libre del robo del collar.

—Entonces, ¿me puedo quedar con él?

Margarita Alonso (Madrid).

Examen de Historia.

—¿Qué hizo Colón en cuanto puso el pie en tierra?

—Poner en seguida el otro pie.

Tercos (Palencia.)

—Le convido a usted a café.

—No, gracias; si tomo café no puedo dormir.

—Pues a mí me pasa todo lo contrario...

—¿Ah, sí?

—Sí; cuando duermo no puedo tomar café.

Angel del Castillo.

Ha sorprendido la policía infraganti a dos trabajadores de la noche, y mientras a uno lo ha dejado marchar, al otro lo ha metido en la cárcel por una temporada.

¿Cómo se entiende?

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

En el restaurant:

—Camarero. Me trae usted agua para lavarme, cerveza para beber y una guitarra para tocar.

—¿Y cómo lo quiere todo el señorito?

—Mira, me trae el agua caliente y la cerveza fría...

—¿Y la guitarra?

—La guitarra me la trae templada.

Nieves Fermín Gómez (Bilbao).

Los ha cogido con "las manos en la masa": uno era hornero, y lo ha dejado marchar, y el otro era ladrón, y lo ha detenido.

El gato Periquito (Valencia.)

CASA DE LAS PANTALLAS

Las de gusto más exquisito.

Modelos desde 2,85 pesetas.

ROMERO — Fuencarral, 68.

Profesión arriesgada.

—Es que yo me juego la vida con frecuencia, amigo mío. La profesión de boxeador es muy expuesta.

—¿Y me lo dice usted a mí, que expongo la vida a diario?

—¿Es usted aviador?, ¿torero?, ¿automovilista?...

—No, señor. ¡Soy peatón!

El Carboñero (Madrid.)

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



Mamá, ¿las ostras se abren los domingos?

(De Candide, Paris.)

Diálogo entre dos estudiantes de Medicina:

—Oye, Ricardo. ¿Tú sabes cómo se entera el estómago que van a entrar en él los alimentos?...

—No digas eso, porque no puede ser...

—Pues mira. Porque al pasar de la boca a la faringe, tocan la campanilla.

"Uno de la patria chica de los artistas españoles" (Valencia).

En el firmamento:

Saturno.—¡Hola,, señora Estrella! ¿Ya se ha fijado qué mala cara tiene la Luna?

Estrella.—¡Claro! Como se pasa todas las noches fuera de casa...

Luis Sánchez (Bilbao).

—¿Cuál es la fruta que más se parece al Niño de la Palma?

—La mandarina.

—Y ¿cuáles son las artistas que más se parecen a los mariposas?

—Las bailarinas.

Uno que no tiene tupé (San Sebastián).

El niño, llegando de la calle, a su mamá:

—¡Mamá!, ¡mamá!, estoy borracho.

—Pero ¿qué tienes, hijo mío?

—Nada; que me he fumado la clase.

José Luis Miralles (Madrid).

Entre amigos:

A Gedeón, que es la distracción personificada, le han robado el pañuelo, y un amigo le pregunta:

—¿Pero no lo notaste cuando te metieron la mano en el bolsillo?

—Sí; pero creí que era la mía.

Benito Núñez (Madrid).

En un chalet hubo un incendio, y, como estaba asegurado, fueron los de seguros a ver cuáles fueron las causas del siniestro.

Se enteraron que una casa de extintores de incendios, llamados Kustos, había instalado varios de sus aparatos en el citado chalet, y se dirigieron al dueño para preguntarle por qué no los había empleado.

—Es que creíamos que no servían para nada—contestó el dueño de la finca.

—¿Es que usted se cree que

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas. FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

Remitimos figurines a quien lo solicite.

Un automovilista, que ha matado una gallina, se acerca al dueño de ella y le dice:

—Tome usted cinco pesetas por la gallina que he matado.

Deme diez pesetas, porque el gallo estaba muy enamorado de ella, y a lo mejor este golpe lo mata también.

P. P. La K.—Echevarría (Vizcaya).

lo han puesto por "kusto"? —contestaron los de seguros.

L. M. Serrano (Madrid).

El estudiante aplicado:

Cierto estudiante escribió a su padre, diciéndole las notas que había obtenido en los exámenes.

Enterado el padre de la carta, le contesta, diciéndole:



—La gasolina va a subir de precio.

—¿Qué mala noticia!

—¿Tiene usted automóvil?

—No; tengo encendedor...

(De London Opinion.)

CANAS

Invento Maravilloso
para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes.

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

—Con la hortaliza que lleva el nombre de las notas que has sacado en los exámenes —puesto que tú eres vejeteriano— puedes alimentarte varios meses.

Arsenio Vinagre (Madrid).

Un "chauffeur" en el Juzgado de instrucción:

—No, señor juez; hice todos los esfuerzos del mundo para evitar la desgracia; pero resulta que la bocina no sonaba.

El juez.—¿Y por qué no frenó, en vez de continuar a toda velocidad?

—¡Hombre, mire usted lo que son las cosas! Ni siquiera se me ocurrió.

Benjamín López (Madrid).

—¿Conoces la planta del tabaco?

—Sí.

—Pues será curioso ver cómo maduran las brevas.

Ralo. (Palencia).



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



Tomás. (Alicante.)
Eso es muy malo, Tomás, y al cestro ahora mismo vas.

Benigno. (Albacete.)
Su soneto ¡Fuieste ingrata!, tristísimo e inconexo, nos prueba su mala pata para con el bello sexo. Ahora bien: la ingrata Fabia, dicho sea aquí en secreto, ¿no le habrá tomado rabia por algún otro soneto?...

Repase usted en su memoria, a ver si es eso; porque es muy probable, mi dolorido amigo, que sea eso lo que es.

Mateo. (Madrid.)
Lo que nos manda Mateo es horriblemente feo.

Para camisas a la medida
Madrid-Viena
Montera, 41.—Tel. 16662

A. N. T. (Almorox.)—Sí, señor. A los caballos muertos, incluso a los que mueren fuera de las plazas de toros, está bien ponerles una arpillera... Y si a esa arpillera la ponemos una hache, encantados todos... El caballo muerto, la harpillera, nosotros, y suponemos que usted también.

E. T. M. (Huelva.)—Muchísimas gracias por ofrecernos gratis sus incalificables versos, pero debemos decirle que a pesar de lo baratísimos que usted nos los ha puesto, creemos que no sería un buen negocio el publicarlos.

M. A. C. (Córdoba.)—No nos place la tontería marroquí que nos ha largado.

Ele. (Barcelona.)—Queda aceptado su dibujo prerrafaelista y un tanto revolucionario, magüer que ligeramente saleroso y discretamente satírico.

E. R. P. (Talavera de la Reina.)—No es lo malo que en esa histórica ciudad haya muerto Joselito. Lo lamentable es que haya nacido usted y que, al llegar la edad del crecimiento, nos quiera usted empezar a

chinchar con poesías alusivas a aquella tragedia taurina. Menos mal que nosotros no estamos dispuestos a la chinchadura y que procuraremos oponernos a ella tan enérgicamente como hoy.

M. R. B. (Cuenca.)—Tiene usted el feo vicio de una porción de espontáneos, que es imitar lo que aquí estamos haciendo desde tiempo inmemorial, con lo cual no vemos la espontaneidad por ninguna parte.

Cernuda. (Madrid.)
Padece usted, buen Cernuda, de marranitis aguda. Y aquí las cochinerías, ni gozan de simpatías, ni consiguen nuestra ayuda.

Viscasillas. (Badajoz.)
¡Qué malas son las cuartillas del señor de Viscasillas! ¡Y qué maldad tan feroz, con perdón de Badajoz!

Pof-Pof. (Sevilla.)—La triste vulgaridad de los asuntos de las ¡ochos! composiciones que nos ha enviado es motivo más que sobrado para que nos veamos en el doloroso y agobiador trance de tener que negarnos a sus pretensiones.

P. P. T. (Huelva.)
En el acto se le nota que es usted bastante idiota.

T. N. F. (San Sebastián.)—En confianza, y para que no nos oiga nadie...

El tío de mi mujer nos parece un tío pesado, en la más esplendorosa extensión de la palabra.

Calixto Santaolalla del Rincón. (Puerto de Santa María.)
No sirve.

B. D. S. (Zamora.)—Sus dibujos son una colección de churros incomedibles, por los que merece usted la censura más graciosa y el sartenazo más contundente.

H. V. R. (Málaga.)
¿Sonetos con estrambote?
¿Romances haciendo el bú?
¡Tonto eres de capirote, lo juro por tu salud!
¡Y estamos ya hasta el cogote de poetas como tú!!

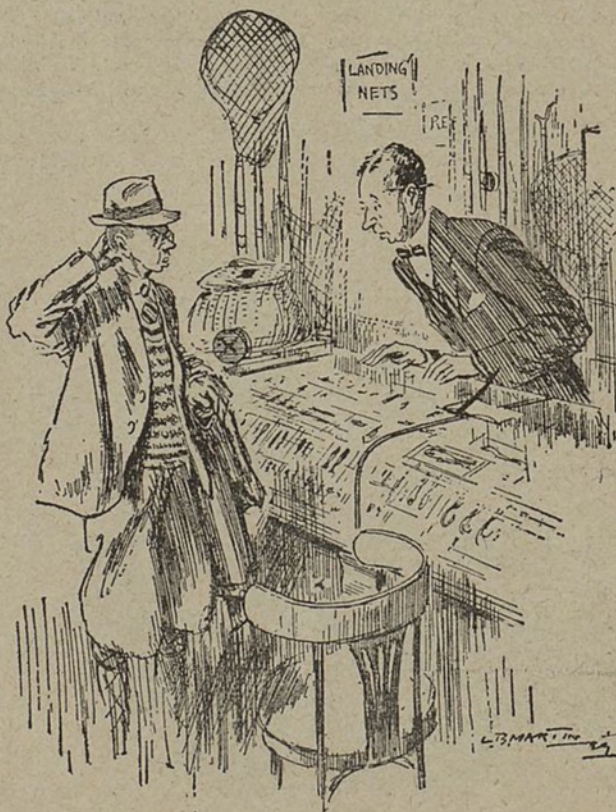
R. F. L. (Alicante.)—¿De manera que usted suda mucho en Alicante, a pesar de la estación otoñal que padecemos? ¡Pues mire; muchísimo más sudamos aquí nosotros, leyendo cosas como el empedernido artículo que usted nos manda!... Y ya ve usted, no decimos nada.

C. P. (Madrid.)—Su tristísima lamentación se titula ¡Era ella!...

Ahora bien: después de leída es cuando va a ser ella, porque la vamos a hacer cisco en medio de un escándalo y de unos insultos a la salud de usted, como no tiene usted ni la más leve idea.

K. T. (Madrid.)
Su cuento *El botón de nácar* es una cosa indecente. Por algo menos, en la Cárcel Modelo hay mucha gente.

R. C. B. (Tarragona.)—Resulta un poco pueril su temor de hacer un mal papel en esta Redacción con sus artículos. Y para que le sirva de consuelo, le diremos que el papel ni es malo... ¡Lo que, por desgracia, es malo, es lo que ha escrito usted en el papel; pero no le importe: eso es un contratiempo sin importancia...



¿Qué clase de moscas quiere para cebo?
—Unas del mismo tipo de las que me picaron a mí en el cuello la semana pasada...

(De The Humorist, Londres.)



CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN-ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Príncipe de Vergara 42 y 44.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



El cabo. — ¡Ya ha roto usted otro pico! ¡Ahora no me dirá que es que le ha dado en la cabeza a López!

El bombero. — No, señor; ahora es que le he dado en la cabeza a Rodríguez.

Dib. SAMA.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid